

para que solo exista un ejemplar como éste; qué por qué lo poseo precisamente yo; si es que antes ha existido un animal parecido, y qué es lo que ocurrirá cuando se muera; si no se sentirá solitario; por qué no tiene hijos; cuál es su nombre, etcétera. Yo no me enfado y permanezco callado: me limito a mostrarlo, sin dar explicaciones. Hay veces en que los pequeños traen gatos; un día trajeron dos corderos. Contra lo que esperaban, no dieron indicios de reconocerse. Los animales se miraron con ojos mansos, y se aceptaron recíprocamente como un hecho divino. En mis rodillas el animal no siente ningún temor y además se olvida de su instinto de persecución. Abrazado contra mí es como se siente mejor. Se aferra a la familia que lo ha criado. Esa fidelidad no es cosa extraña; es el recto instinto de un animal, que a pesar de que posee en el mundo muchos lazos políticos, no tiene ninguno consanguíneo, y para él es sagrada la ayuda encontrada en nosotros.

De repente me hace reír cuando resuella a mi alrededor, se me enrolla en los pies y no quiere dejarme. Como si no tuviera suficiente con ser gato y cordero, también desea ser perro. En una oportunidad —eso le pasa a cualquiera— yo no veía la manera de salir de dificultades económicas; ya estaba a punto de dar con todo el traste. Con esa idea me balanceaba en el sillón de mi cuarto, el animal en mis rodillas. En esto bajé los ojos y vi lágrimas que caían en sus grandes bigotes. ¿Eran de él o mías? ¿Acaso este gato de alma de cordero posee el orgullo de un hombre? No heredé mucho de mi padre; mas, vale la pena cuidar este legado.

Es tan inquieto como los dos, como el gato y el cordero, aunque éstos son muy diferentes. Por eso se le hace estrecho el pellejo. A ratos salta al sillón, apoya sus patas delanteras contra mi hombro y aproxima el hocico a mi oído. Esto es, como si me platicara, y luego da vueltas a la cabeza y me mira fijamente para ver el efecto de su comunicación. Para contentarlo hago como si le hubiese entendido y meneo la cabeza. Entonces se deja caer al suelo y brinca a mi alrededor.

Quizá la cuchilla del carnicero fuera la salvación para este animalito, pero él es mi herencia y no debo hacerlo. Por esta razón deberá esperar hasta que llegue su último aliento; aunque de cuando en cuando me mira con razo-

nables ojos humanos, que me animan a un obrar también razonable.

### EL BUITRE

Erase un buitre que me picoteaba los pies. Ya me había destrozado los zapatos y los calcetines, y ahora ya me picoteaba los pies. Siempre daba un picotazo, volaba en círculos inquietos alrededor y luego continuaba su obra. Llegó un señor, se quedó mirando un momento y me preguntó por qué aguantaba yo al buitre.

—Estoy desamparado —le dije—; llegó y comenzó a darme picotazos; yo traté de espantarlo y hasta pensé torcerle el pescuezo, pero estos animales son muy salvajes y quería irseme a la cara. Decidí sacrificar mis pies; ahora casi me los ha destrozado.

—No se deje sacrificar —dijo el señor—; un tiro y el buitre se terminó.

—¿Cree usted? —pregunté—, ¿quiere ayudarme en este trance?

—Con mucho gusto —dijo el señor—; sólo basta con que yo vaya a casa a buscar el fusil, ¿podrá usted aguantar media hora más?

—No lo sé —respondí, y por un momento quedé rígido de dolor; luego añadí—: por favor, inténtelo de todas maneras.

—Bien —dijo el señor—, voy a apurarme.

El buitre había escuchado con calma nuestro diálogo, mirándonos al señor y a mí. De repente me di cuenta que había entendido todo; voló un poco, retrocedió para darse el impulso necesario, y como un atleta que arroja la jabalina ensartó el pico en mi boca, hasta el fondo. Al irme de espaldas sentí como que me liberaban; que en mi sangre, que llenaba todas las profundidades y que rebasaba todos los límites, el buitre, inmensablemente, se ahogaría.

### EL ESCUDO DE LA CIUDAD

Al construir no faltó el orden en los preparativos para construir la Torre de Babel; orden en exceso, quizá. Se preocuparon demasiado de los guías e intérpretes, de los alo-

jamientos para obreros, y de vías de comunicación, como si para la tarea hubieran dispuesto de siglos. En aquella época todo el mundo pensaba que se podía construir con mucha calma; un poco más y habrían desistido de todo, hasta de echar los cimientos. La gente se decía: lo más importante de la obra es la intención de construir una torre que llegue al cielo. Lo otro, es deseo, grandeza, lo inolvidable; mientras existan hombres en la tierra, existirá también el ferviente deseo de terminar la torre. Por lo cual no tiene que inquietarnos el porvenir. Por lo contrario, pensemos en el mayor conocimiento de las próximas generaciones; la arquitectura ha progresado y continuará haciéndolo; de aquí a cien años el trabajo que ahora nos tarda un año se podrá hacer seguramente en unos meses, más durable y mejor. Entonces ¿para qué agotarnos ahora? El empeño se justificaría si cupiera la posibilidad de que en el transcurso de una generación se pudiera terminar la torre. Cosa totalmente imposible; lo más probable será que la nueva generación, con sus conocimientos más perfeccionados, condene el trabajo de la generación anterior y destruya todo lo construido, para comenzar de nuevo. Esas lucubraciones restaron energías, y se pensó ya menos en construir la torre que en levantar una ciudad para obreros. Mas cada nacionalidad deseaba el mejor barrio, lo que originó disputas que terminaban en peleas sangrientas. Esas peleas no tenían ningún objeto; algunos dirigentes estimaban que demoraría muchísimo la construcción de la torre, y otros, que más convenía aguardar a que se restableciera la paz. Pero no sólo ocupaban el tiempo en pelear; en las treguas embellecían la ciudad, lo que a su vez daba motivo a nuevas envidias y nuevas polémicas. Así transcurrió el tiempo de la primera generación, pero ninguna de las otras siguientes tampoco varió; sólo desarrollaron más la habilidad técnica, y unido a eso, la bellicosidad. A pesar de que la segunda o tercera generación comprendió lo insensato de construir una torre que llegara hasta el cielo, ya estaban todos demasiado comprometidos para dejar abandonados los trabajos y la ciudad.

En todas sus leyendas y cantos, esa ciudad tiene la esperanza de que llegue un día, especialmente vaticinado, en el cual cinco golpes asestados en forma sucesiva por el puño de

una mano gigantesca, destruirán la mencionada ciudad. Y es por eso que el puño aparece en su escudo de armas.

#### PROMETEO

De Prometeo nos hablan cuatro leyendas. Según la primera, lo amarraron al Cáucaso por haber dado a conocer a los hombres los secretos divinos, y los dioses enviaron numerosas águilas a devorar su hígado, en continua renovación.

De acuerdo con la segunda, Prometeo, deshecho por el dolor que le producían los picos desgarradores, se fue embotrando en la roca hasta llegar a fundirse con ella.

Conforme a la tercera, su traición pasó al olvido con el correr de los siglos. Los dioses lo olvidaron, las águilas, lo olvidaron, él mismo se olvidó.

Con arreglo a la cuarta, todos se aburrían de esa historia absurda. Se aburrían los dioses, se aburrían las águilas, y la herida se cerró de tedio.

Sólo permaneció el inexplicable peñasco.

La leyenda pretende descifrar lo indescifrado.

Como surgida de una verdad, tiene que remontarse a lo indescifrado.

#### UNA CONFUSION COTIDIANA

Un incidente del diario vivir, del que resulta una confusión, también común. A tiene que concertar un negocio importante con B en H. Se traslada al lugar indicado para una entrevista preliminar; tarda veinte minutos en ir y volver, y se jacta en su casa de aquella velocidad. Al día siguiente regresa a H, ahora para finalizar el asunto. Y pensando que probablemente esto le llevaría mucho tiempo, A se apresura. Aunque las circunstancias (según piensa A) son justamente las mismas del día anterior, demora esta vez diez horas en llegar a H. Llega al atardecer, rendido. De inmediato se le comunica que B, inquieto por la tardanza, había salido hacia el pueblo de A, y que tal vez se cruzaron en el camino. Le aconsejan que espere. A, de todas maneras, inquieto por el negocio, sale de inmediato de regreso a su hogar.

Ahora, sin gran esfuerzo, realiza el viaje en pocos minutos. En su casa se entera de que B llegó muy temprano, en cuanto salió A, y que hasta se cruzó con éste en el umbral y quiso recordarle el negocio, pero que A le contestó que no tenía tiempo de nada, que debía partir al momento.

No obstante esa rara conducta, B entró en la casa y resolvió aguardar a su regreso. Ya había preguntado en repetidas ocasiones si había regresado, pero continuaba aguardándolo siempre en el cuarto de A. Feliz con la perspectiva de hablar con B y de aclarar todo lo ocurrido, A corre escaleras arriba. Casi al llegar, tropieza, se tuerce un tendón, y casi sin sentido, sin poder ya gritar, gimiendo en la oscuridad, escucha a B —quizá ya lejos, o tal vez muy cerca— bajar las escaleras furiosamente y perderse en lontananza.

### III. EL TEATRO.

En la antigüedad, el teatro era parte integrante de los ritos religiosos y se consideraba que tenía propiedades mágicas. Posteriormente se le tuvo por refugio de vagos y malvivientes, por lo cual en las posadas y ventas respetables se enviaba a los actores a dormir al establo.

¿Y hoy en día? La situación anda más o menos en el punto medio entre dichos extremos. Para muchos, el teatro tiene dotes mágicas; para los menos, continúa siendo una actividad desvergonzada en la que se pierde el tiempo. Pero, ahora repasemos algo de historia ¿cuál es el origen de esta actividad tan controvertida?

El arte escénico es una parte importante de nuestra civilización occidental y ha influido grandemente en ella por más de tres mil años.

El teatro inglés y norteamericano tiene su origen en Grecia, donde el arte dramático formaba parte del culto religioso hacia 500 A.C. Sófocles, Esquilo, Eurípides y Aristófanes fueron los más importantes dramaturgos griegos.

La época isabelina, en Inglaterra, durante la última parte del siglo XVI y la primera del XVII, representa una de las más importantes épocas literarias de los pueblos de habla inglesa y William Shakespeare es su principal exponente. Algunos piensan que Hamlet es el mejor drama escrito en inglés.

Un noruego, Ibsen, pasa por ser el padre del drama moderno; sus mejores obras fueron escritas entre los años 1860 y 1905, sus trabajos incluyen dramas sociales como "Casa de muñecas" y "Espectros", que pueden explicarnos en buena parte el cambio que se ha efectuado en nuestra actitud hacia la vida.